

Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial

*Los hechos más singulares y sorprendentes del conflicto
bélico que estremeció a la humanidad.*

JESÚS HERNÁNDEZ



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial
Subtítulo: Los hechos más singulares y sorprendentes del conflicto bélico que estremeció a la humanidad.
Autor: © Jesús Hernández

Copyright de la presente edición: © 2007 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Carlos Peydró
Maquetación: JLTV
Producción: Grupo ROS

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-849763351-2
Fecha de edición: Febrero 2007

Printed in Spain
Imprime: Imprenta Fareso, S.A.
Depósito legal:

Índice

INTRODUCCIÓN	19
CAPÍTULO 1. ARTE, CULTURA, GUERRA	23
Hitler, <i>enamorado</i> de Nefertiti	24
La Venus de Milo, en el exilio	29
Picasso desafía al embajador alemán	33
Entrada triunfal en El Cairo	35
Churchill, pintor	36
¡Todos al teatro!	39
El inmoral “arte del morro”	40
Rembrandt, ¿un icono nazi?	42
El hombre que engañó a Goering	45
Diapositivas para “El Día Después”	47
Las partituras perdidas de Wagner	51
El Milagro del Campo 60	55

CAPÍTULO 2. LOS ANIMALES, PROTAGONISTAS 63

Un escarabajo maldito	64
Venganza contra un inspector porcino	66
La Alianza de los Animales	67
Prohibidas las mascotas	67
Unas farolas muy tentadoras	69
Los monos tampoco se rinden	70
El gato <i>Nelson</i>	71
Reclutas caninos	72
Ladrar en morse	74
Ratones tanquistas	74
Un elefante con mala suerte	75
<i>Sandy</i> , el amigo más fiel	76
Los pequeños aliados de los rusos	77
Un pato da la alarma	80
<i>Chips</i> , héroe en Sicilia	80
<i>Judy</i> , la prisionera de guerra	82
Toque de queda para perros y patos	85
<i>Wojtek</i> , el Oso Soldado	87
Perro a bordo	94
<i>Myrtle</i> , la gallina paracaidista	96
La paloma <i>Mary</i> vence a los halcones nazis	100
Lágrimas por un hipopótamo	101
Un papagayo demasiado locuaz	103
Los mejores caballos del mundo	103
<i>Charlie</i> , un loro inmortal	108

CAPÍTULO 3. LA GUERRA EN EL AIRE113

Zanahoria para la vista	114
Breve resistencia	114

Stalin no confía en sus propios aviones	115
Profecía autocumplida	117
Una bala providencial	119
Cómo despertar a un volcán	119
El segundo ataque a Pearl Harbor	121
El cuerno de caza de Meyer	121
<i>Gangsters</i> aéreos	122
Una sirena demasiado potente	123
Un veterano en plena forma	124
Error de apreciación	127
Un piloto muy apasionado	128
Un ahorro temerario	130
Las primeras bolsas de vómito	131
¿Dónde están nuestros aviones?	132
Tragedia en el <i>Empire State</i>	132
Lluvia de monedas sobre Tokio	137
Un bombardero en el lago Ness	139
CAPÍTULO 4. LA GUERRA EN EL MAR	141
Un barco llamado <i>Patito Feo</i>	142
Vida corta pero intensa	144
Batalla en el Ártico	146
Confusión en la Marina	147
La reparación naval más rápida	148
Antes la muerte que caer prisionero	150
Barcos de hormigón	151
Se busca cámara alemana	152
El barco de Mussolini, en Texas	153
El turbio pasado del <i>Eagle</i>	155
El barco maldito de Goering	160

CAPÍTULO 5. LA GUERRA MOTORIZADA	165
Con la gasolina a costas	166
Derechos de imagen para Churchill	167
Un coche oficial poco apropiado	169
Un pato de larga vida	170
El imparable éxito del Jeep	173
Un cocodrilo en el Pacífico	176
Combustibles alternativos	178
Tanques patrocinados	179
Acalorada discusión de tráfico	181
El significado de “USA”	181
Las autopistas de Hitler	183
El “Circo de la Chusma”	189
Las peripecias del coche del <i>Führer</i>	192
CAPÍTULO 6. RELATOS DEL FRENTE	201
El otro Rommel	202
Los militares confían en las guías turísticas	204
Triple premio	208
La extraña invasión de Timor	208
Amuletos de la suerte	210
Un lugar en la historia	213
Preparados para el cautiverio	215
Un disfraz inoportuno	218
¿Por qué me siguen?	219
Dios está con Patton	220
Singular ceremonia en Iwo Jima	223

CAPÍTULO 7. AL COMPÁS DEL ESTÓMAGO	227
El agua, lo primero	228
Dieta variada	231
Churchill y el racionamiento	236
“Restaurantes Británicos”	238
Los riesgos de la carne enlatada	239
Los Filetes de la Libertad	241
Las espinacas y el hierro	241
Bombardeo de té	243
Insólita cena de Navidad	244
El B-17, una heladera original	245
Menú del día: Gusanos y saltamontes	247
Latas de carne y <i>correo basura</i>	249
Un pastel con anillo	252
Menú sin judías en el Capitolio	253
Coca-Cola se extiende por el mundo	253
El chicle se convierte en un símbolo	258
El refresco nacido bajo el Tercer Reich	260
Manatí en salsa de ajo	265
El origen de los <i>spaghetti</i> a la carbonara	267
Filete y huevos antes de la batalla	270
Sardinas noruegas contra submarinos nazis	271
CAPÍTULO 8. MOMENTOS DE EVASIÓN	275
Ardor guerrero	276
Destilerías en la <i>USS Navy</i>	279
Churchill, de copa en copa	281
Grandes fumadores de puros	286
Hitler y el alcohol	288
Lucky Strike va a la guerra	292

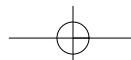
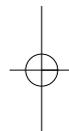
La Batalla del Vodka	294
Stalin descubre el <i>Dry Martini</i>	296
“El <i>Führer</i> no fuma”	299
¿Dónde está mi pipa?	304
Habló más de la cuenta	304
La fiesta no terminó bien	305
Un encendedor inmortal	306
CAPÍTULO 9. HISTORIAS DE SALUD	311
Primeros auxilios en el campo de batalla	312
El evitable pie de trinchera	316
El remedio australiano contra las ampollas	318
Solución contra el mareo	319
Elogio de la siesta	319
Cómo mantenerse despierto	322
El mejor jarabe contra la tos	323
“¡Prohibido toser!”	324
El temido golpe de calor	324
Amores peligrosos	327
Un pequeño gran enemigo	330
Golpe en el hígado	331
Un peligroso estimulante	332
Música de viento	336
CAPÍTULO 10. LA BATALLA DEL SÉPTIMO ARTE	339
El <i>Führer</i> ante la pantalla	340
Edward G. Robinson, amenazado	346
Pantomima en Varsovia	346
A favor y en contra	350

El <i>padre</i> de Tarzán, en Pearl Harbor	350
Jack Warner muestra el camino	351
Un Oscar muy austero	352
El humor incomprendido de Peter Ustinov	354
Las trampas de Peter Falk	356
La tranquila guerra de Charles Bronson	359
Partida de ajedrez con Bogart	359
Película en color para Eisenstein	361
Las bromas de Mel Brooks	365
Bob Hope y las bombas volantes	367
Susto para Bing Crosby	369
El nacimiento de los <i>Gremlins</i>	370
<i>Kolberg</i> , la gran superproducción nazi	371
Hitler y <i>El Gran Dictador</i>	376
EPÍLOGO	385
BIBLIOGRAFÍA	389

*Es bueno que la guerra sea tan
horrible. De otro modo
terminaría por gustarnos.*

ROBERT E. LEE (1807-1870)

General en jefe del Ejército
confederado durante la guerra de Secesión.



Introducción

No hay duda de que el interés por todo lo que hace referencia a la Segunda Guerra Mundial es creciente. Aunque ya han pasado más de seis décadas desde su finalización, el conflicto de 1939-45 sigue estando muy presente entre nosotros; las revelaciones referidas a ese turbulento periodo histórico remueven regularmente la opinión pública, siendo habitualmente generadora de agrias polémicas. Lo que sucedió en aquellos seis años de sangre y fuego sigue proyectando su sombra siniestra ya entrados en el siglo XXI. En cierto modo, se percibe la sensación de que la humanidad no ha digerido aún aquella tragedia sin precedentes.

Por lo tanto, lejos de correr el peligro de verse relegada a los libros de historia, tal como ha sucedido con otros hechos del siglo XX, la Segunda Guerra Mundial despierta cada vez más curiosidad. Tan solo hay que comprobar el ingente material divulgativo que sobre ella nos ofrece nuestra sociedad de consumo. Después

JESÚS HERNÁNDEZ

de todo, no se puede olvidar que esta oferta solo se produce si existe una demanda asentada.

En los últimos tiempos, en las salas cinematográficas se han podido contemplar auténticas obras maestras del cine bélico, a la vez que han abundado las series de televisión inspiradas en el conflicto, incluyendo brillantes documentales dramatizados. Por otro lado, el Día-D o las andanzas del *Afrika Korps* continúan siendo una apuesta segura para los creadores de juegos para ordenador o consola, mientras los coleccionistas de artículos relacionados con aquel enfrentamiento viven sus mejores momentos.

Naturalmente, el mundo editorial no ha permanecido al margen de este auténtico *boom*. El sector ha encontrado en la historiografía de la contienda un yacimiento de lectores dispuesto a recibir calurosamente todas las novedades bibliográficas centradas en la contienda. Esto ha provocado una avalancha de títulos que llega en ocasiones a abrumar al lector; pero, aún así, el interés del público no decae. Gracias a ello, se abre paso la demanda de textos especializados en aspectos concretos del conflicto, que antes se veían relegados al mundo universitario.

Es en este panorama en donde surge el libro que el lector tiene en este momento en sus manos. Las preguntas que, a buen seguro, se formulará son: ¿Qué novedad puede aportar? ¿No está ya todo dicho sobre la Segunda Guerra Mundial?

Tales interrogantes son pertinentes, pero bastará leer estas páginas para salir de dudas. Los historiadores se han centrado casi exclusivamente en las campañas militares o las decisiones políticas, pero han dejado de lado esa *pequeña historia* que ofrece el lado más humano de la conflagración, es decir, esos episodios sin importancia aparente pero que reflejan la guerra en todas sus dimensiones.

Esta obra reúne un buen número de aquellas historias que, con toda seguridad, causarán sorpresa y asombro en los lectores. Pero, de todos modos, el relato de estos sucesos insólitos no debe

Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial

llamarnos a engaño sobre el carácter trágico de esta y de cualquier otra guerra. Aunque no es necesario insistir sobre el particular, pues confío plenamente en la madurez del lector, no se ha de interpretar esta obra como un intento de trivializar ese conflicto armado y los terribles crímenes que durante esos años se cometieron. El único objetivo de estas páginas es conocer la historia mejor y, al mismo tiempo, pasar un rato entretenido.

Por último, no era mi deseo incorporar un espacio de agradecimientos; considero un exceso los capítulos de este tipo que suelen aparecer en algunos libros, en los cuales el lector se tropieza con una retahíla inacabable de nombres desconocidos, que acostumbra a ser sorteada apresuradamente.

Pero, aún así, no quiero dejar pasar la oportunidad de dar las gracias a esos lectores anónimos que se han convertido en fieles y puntuales seguidores de mis trabajos. Un buen número de ellos se ha dado a conocer y he tenido la oportunidad de recibir sus críticas y sugerencias; ante la imposibilidad de nombrarlos personalmente, quisiera que estas líneas sirvan como agradecimiento a todos y cada uno de ellos.

Y dicho esto, solo me resta invitar al lector a disfrutar de este nuevo libro, para que compruebe que —espero que se me perdone esta provocadora afirmación—, la guerra también puede ser divertida...

Berlín, septiembre de 2006.



Capítulo I

Arte, cultura, guerra

Desde que el hombre es hombre, el arte le ha acompañado en todas las aventuras que ha emprendido. Allá donde ha ido, ha dejado la representación idealizada de lo que le rodeaba o de lo que imaginaba.

Por sorprendente que sea, también en medio del fragor de las guerras ha permanecido intacto el interés por las obras artísticas. Incluso la cultura, un concepto situado en las antípodas de la guerra, se ha ido extendiendo al mismo ritmo de avance de los soldados; allá donde ha llegado un ejército, se instala también —para bien o para mal— la cultura de la nación a la que representa.

La Segunda Guerra Mundial no fue una excepción. Ya fuera para proteger las propias obras de arte, apropiarse de las del enemigo o recuperar las anteriormente confiscadas por este, durante la contienda de 1939-45 ambos bandos dedicaron esfuerzos y recursos a estas labores, en algunas ocasiones por encima de otras prioridades.

JESÚS HERNÁNDEZ

HITLER, *ENAMORADO* DE NEFERTITI

En 2005, el busto de Nefertiti volvió a mostrarse al público en el Museo Antiguo de Berlín, en la Isla de los Museos. Esa escultura de piedra caliza, que representa el rostro de una bella y enigmática mujer, se situó de nuevo en el centro de todas las miradas.

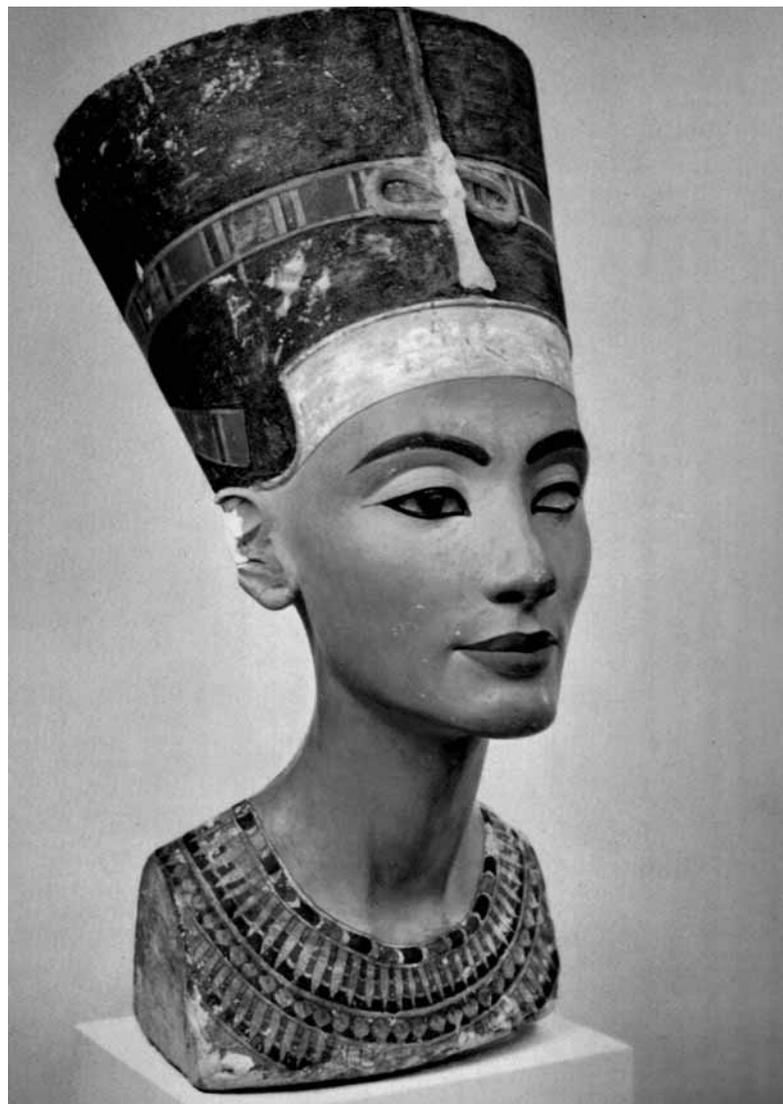
Allí regresaba después de un exilio de 66 años que comenzó en 1939, cuando las autoridades nazis decidieron trasladar la célebre figura a un búnker antiaéreo por temor a que resultase dañada durante un bombardeo. Tras la derrota germana, los estadounidenses la llevaron a Wiesbaden, en donde se agrupaban las obras de arte desperdigadas durante la guerra.

En 1956 Nefertiti regresó a Berlín, pero al encontrarse el Museo Antiguo en el sector controlado por los soviéticos, se optó por trasladarla al museo Dahlem y en 1967 al Museo Egipcio, su lugar de reposo hasta 2005. El punto de destino de este largo viaje será el vecino edificio del *Neues Museum*. Pero, obviamente, la historia del universalmente conocido busto no se limita a este recorrido por los museos alemanes.

La reina que lo inspiró vivió en Egipto en el siglo XIV a.C. Los expertos consideran que la personalidad de la soberana era muy controvertida y que a su alrededor concitó adhesiones y odios por igual. En una inscripción hallada en una tumba, un miembro de la corte hablaba de “su voz dulce, sus piernas de gacela y sus manos maravillosas”, mientras que un himno de aquel tiempo la calificaba como “señora de la dulzura”. En unos momentos en los que el imperio se desmenbraba, el faraón Akenatón (1375-1357 a.C.) decidió nombrar a su esposa, Nefertiti, faraón corregente. Al parecer, esta decisión no sentó demasiado bien entre los sacerdotes, que maniobraron en su contra.

Según cuenta la correspondencia diplomática investigada por los egiptólogos, esta decisión no aportó la deseada estabilidad política; la anarquía se extendió por el país del Nilo y ambos faraones

Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial



El célebre busto de la reina egipcia Nefertiti. Hitler, que tenía una reproducción en su despacho, no estaba dispuesto a devolver la estatuilla a Egipto.

JESÚS HERNÁNDEZ

cayeron en desgracia. Las especulaciones sobre Nefertiti son innumerables: desde el significado de su nombre —supuestamente “La hermosa ha llegado”— hasta el hecho de si consiguió reinar en solitario, pasando por su supuesta momia, localizada en el Valle de los Reyes, que presenta pruebas de haber sufrido puñaladas en el rostro.

El busto de la controvertida Nefertiti dormiría durante más de tres mil años sepultado en las arenas de Tell-el-Amarna, hasta que un arqueólogo alemán, Ludwig Borchardt, la sacaría de su letargo el 6 de diciembre de 1912. Borchardt se hallaba al frente de una expedición promovida por la Sociedad Germano-oriental cuando encontró el busto enterrado boca abajo, entre los restos del taller de Thutmés —un escultor de la época— en las ruinas de Amarna. Le faltaba el iris de un ojo y parte de las orejas. La arena que cubría los restos del taller fue tamizada cuidadosamente y se encontraron los fragmentos de las orejas, pero no así el iris porque, quizás, nunca fue colocado en el ojo. La razón de su ausencia es otro misterio más a sumar a todo lo que hace referencia a la enigmática reina.

La bella escultura fue enviada a Berlín, de acuerdo con el sistema que esa sociedad había acordado con el gobierno egipcio para la distribución de los descubrimientos. El Servicio de Antigüedades local debía dar su visto bueno para la exportación de cada pieza hallada, por lo que es extraño que este permitiese la salida del busto. Lo más probable es que fuera ocultado deliberadamente por los arqueólogos germanos. Se cree que Borchardt cubrió la estatuilla de barro para que aparentase ser un hallazgo de menor importancia. Más tarde aseguró que el barro que cubría el busto era el original y que hubiera sido una irresponsabilidad limpiarlo sin las debidas garantías.

Sea mediante engaño o no, la espectacular pieza salió de Egipto con toda la documentación en regla. El busto quedó alojado inicialmente en el domicilio particular del presidente de la Sociedad Germano-oriental, James Simon, pero a partir de 1913 quedó expuesto al público, alcanzando un éxito inmediato. El 11 de julio de

Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial



La supuesta momia de Nefertiti en la que se pueden apreciar grandes heridas en el rostro, aunque se desconoce si la agresión se produjo tras su muerte.

La mayor parte de su biografía permanece en el misterio.

1920, Simon cedió la propiedad de la estatuilla al estado prusiano, quedando finalmente expuesta en el Kaiser Friedrich Museum.

Por su parte, los egipcios se sintieron engañados por cómo el busto había salido de su país e intentaron recuperarlo. Ofrecieron a cambio otros objetos de gran valor, pero siempre se encontraron con la negativa de las autoridades germanas. De todos modos, los expertos de Berlín albergaban serias dudas de que el busto hubiera sido conseguido de manera legal, por lo que siempre quedaba una puerta abierta a las reivindicaciones que llegaban desde El Cairo.

Con la llegada de los nazis al poder, estos comprendieron que la devolución de Nefertiti podía ser empleada para ganarse las simpatías del gobierno egipcio y, de este modo, conseguir una posición estratégica en el continente africano, de donde Alemania había sido expulsada tras la Primera Guerra Mundial. Los contac-

JESÚS HERNÁNDEZ

tos con el rey Fouad I de Egipto, auspiciados por el entonces ministro del Interior Hermann Goering, discurrieron por buen camino y en 1933 todo parecía preparado para que Nefertiti regresase a la orilla del Nilo. Pero fue en ese momento cuando Hitler tuvo conocimiento de la operación y se mostró tajantemente en contra.

A través del embajador alemán en Egipto, Eberhard von Stöher, el dictador germano informó al gobierno egipcio que él era un ferviente admirador de Nefertiti y que tenía previsto alojarla en un lugar excepcional cuando se hicieran realidad sus sueños arquitectónicos en Berlín:

Conozco el famoso busto —escribió el Führer a las autoridades egipcias—, lo he observado maravillado muchas veces y me deleita siempre. Es una obra maestra única, un verdadero tesoro. ¿Sabe usted lo que voy a hacer algún día? Voy a levantar un nuevo museo egipcio en Berlín. Sueño con ello. Dentro de él construiré una cámara coronada por una gran bóveda y en el centro estará Nefertiti. Jamás renunciaré a la cabeza de la reina.

Este mensaje enojó a Goering, quien manifestó al dictador germano que “le había dejado en una situación excepcionalmente precaria” y que cercenaba así las posibilidades de generar una corriente de simpatía hacia el Reich en el norte de África. Las quejas de Goering no produjeron el menor efecto en Hitler.

Ante el disgusto que mostraron igualmente los egipcios por la negativa de devolver la estatuilla, el Führer ofreció a entregarles el arqueólogo que había sacado la figura de su país —quien era judío— para que lo castigasen por su supuesto engaño. Pero, naturalmente, los egipcios no querían el arqueólogo, sino la disputada figura. Así pues, Hitler sentenció la cuestión con un argumento definitivo que no admitía réplica: “Lo que está en manos de Alemania queda en Alemania”. Los que conocían bien al autócrata nazi sabían que este nunca hubiera accedido a entregar el busto a los egipcios, pues no era partidario de desprenderse de ninguna obra de arte.

Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial

Si Hitler se oponía a ceder estos tesoros artísticos, su obstinación tenía por fuerza que ser más dura en el caso de Nefertiti. Al parecer, las “facciones arias” de la emperatriz habían cautivado hondamente a Hitler. La prueba de la atracción que sentía por la figura es que en su despacho tenía una pequeña reproducción.

LA VENUS DE MILO, EN EL EXILIO

Después de la conquista de Francia por parte de la intratable *Wehrmacht*¹, París se convirtió en el destino soñado por cualquier soldado alemán. Aunque para muchos de ellos la estancia en la Ciudad de la Luz suponía, sobre todo, la irresistible combinación de vino, diversión y bellas mujeres, cuando tales aspectos festivos se veían ya satisfechos, su atención se fijaba en la extraordinaria oferta cultural que presentaba la capital gala.

Del mismo modo que en la actualidad no hay turista que omita en su agenda una visita al museo del Louvre, los más de 200.000 soldados alemanes que estuvieron en París no quisieron pasar por alto el histórico edificio que se encuentra a orillas del Sena, y que encierra tesoros culturales de valor universal, como la Gioconda, la Victoria de Samotracia o la Venus de Milo.

Esta célebre estatua representa a Venus —Afrodita en la mitología romana—, la diosa del amor. El nombre de Milo se debe a que fue encontrada en la isla del Egeo del mismo nombre, en 1820. Se desconoce a su autor, aunque podría tratarse de un discípulo del gran escultor Escopas, por lo que pudo haber sido esculpida en el siglo I ó II a.C.

¹ Aunque el término *Wehrmacht* hace referencia al conjunto de las fuerzas armadas alemanas, las terrestres (*Heer*), las navales (*Kriegsmarine*) y las aéreas (*Luftwaffe*), es habitualmente empleado como sinónimo de las fuerzas de tierra. A lo largo de la obra, se utilizará en este sentido restringido.

JESÚS HERNÁNDEZ



Los franceses engañaron a los alemanes, colocando una Venus de Milo falsa en lugar de la auténtica en su lugar del Museo del Louvre.
Los alemanes no lo descubrieron.

Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial

No obstante, los visitantes germanos que, en el Louvre, admiraban la célebre estatua, estaban siendo víctimas de un monumental engaño por parte de los sometidos franceses. La figura que tenían ante sus ojos no era la auténtica Venus de Milo, pues esa estaba a buen recaudo, esperando que los alemanes se marcharan de Francia para volver a salir a la luz. La Venus que estaban admirando no era más... ¡que una reproducción en yeso!

En efecto; las autoridades galas, cuando los *panzer* alemanes se estaban aproximando a París, decidieron ponerla a salvo para evitar que sufriese algún daño o incluso que fuese robada y trasladada a Alemania. Para mantenerla alejada de las consecuencias de la guerra, fue cuidadosamente embalada, quedando oculta en los sótanos del Castillo de Valençay.

Aunque la famosa Venus no fue objeto de la codicia nazi, los hechos posteriores demostrarían que esa precaución no fue exagerada, puesto que numerosas obras de arte pertenecientes a museos franceses o a ciudadanos particulares, sobre todo judíos, fueron “adquiridas” por Goering², convertido ya en Mariscal del Reich y segundo en la línea de sucesión del *Führer*.

² El expolio de la riqueza cultural de los países ocupados fue uno de los objetivos principales de los nazis. A Francia se envió un equipo formado por sesenta personas, entre historiadores de arte, peritos tasadores y fotógrafos, con la misión de confiscar, clasificar y embalar las obras que serían posteriormente enviadas a Alemania. Entre noviembre de 1940 y julio de 1944, el Tercer Reich se apropió de 203 colecciones privadas, la mayoría de ellas procedentes de familias judías, sumando más de 20.000 objetos. Se utilizó como almacén el museo del Jeu de Paume, frente a la plaza de la Concordia, en París. Para su transporte a Alemania se emplearon 29 convoyes ferroviarios compuestos de 138 vagones cargados con un total de 1.170 cajas. El objetivo de Hitler era que pasasen a formar parte del fondo de un futuro museo a construir en la ciudad austríaca de Linz, pero la realidad es que una buena parte de estas obras de arte llegó a poder de Hermann Goering, cuya intención, según sus propias palabras, era “reunir la colección privada más grande de Europa”. Sobre este asunto, Hans Frank, gobernador de Polonia, aseguró durante el juicio de Nuremberg que “si Goering hubiera dedicado más tiempo a la Luftwaffe y menos al saqueo de obras de arte, es posible que yo no estuviera ahora sentado aquí”.

JESÚS HERNÁNDEZ

Cuando los Aliados entraron triunfalmente en París, el 25 de agosto de 1944, acabando así con los cuatro años de ocupación germana, ya nada podía poner en riesgo a la famosa estatua. Así pues, la Venus de Milo fue rescatada de su “exilio” en un húmedo sótano y pudo regresar al Louvre para seguir siendo admirada en el lugar que corresponde a la mítica diosa.

Inexplicablemente, ningún experto alemán en arte había detectado la burda falsificación, y durante esos cuatro años permaneció en el pedestal que había ocupado antes la obra auténtica. Además, es extraño que no se plantease la posibilidad de trasladar esta estatua a Alemania.

Este hecho es más sorprendente si tenemos en cuenta lo ocurrido a primeros de abril de 1944, cuando unos soldados alemanes destinados en Grecia desenterraron por casualidad una estatua en las cercanías de la ciudad de Tesalónica, mientras estaban realizando trabajos de fortificación.

El oficial al mando decidió entregar a los griegos el hallazgo, que resultó ser una figura vestida de la época de Constantino el Grande, con la autorización del ministerio de Propaganda dirigido por Joseph Goebbels, que aprovecharía este episodio para transmitir la imagen de que las tropas germanas estaban interesadas en la cultura clásica y en la conservación de las obras de arte.

Pero esta donación provocó las iras de Hitler en cuanto tuvo conocimiento de la noticia a través la prensa³. El *Führer* ordenó que, a partir de ese momento, todas las obras de arte que fueran descubiertas por el Ejército alemán se trasladasen a Alemania.

Hitler no solo quería que las principales obras de arte fuesen a parar al Reich, sino que impidió por todos los medios que alguna de ellas pudiera salir del país, tal como hemos visto con el caso del busto de Nefertiti.

³ La noticia apareció en el *Völkischer Beobachter* del 4 de abril de 1944.

Historias asombrosas de la Segunda Guerra Mundial

Un caso similar sucedió con 26 cañones antiguos de origen español, de los siglos XVII y XVIII, confiscados por las tropas alemanas en la población francesa de Schneider-Creusot.

Sin que Hitler fuese consultado, el embajador germano en Madrid anunció la próxima entrega de los cañones a Franco, presentándolos como “un regalo del *Führer*”. Cuando el dictador alemán fue informado de este hecho también mostró su indignación, asegurando: “Esa gente va haciendo regalos en mi nombre de los que yo no sé nada. Además, yo no tengo por costumbre regalar nada histórico. Yo solo regalo coches”.

Al comprobar la oposición de Hitler, el Alto Mando de la *Wehrmacht* (OKW)⁴ dio la orden de que los cañones no fueran entregados. Por su parte, Franco tampoco los reclamó; posiblemente prefirió quedarse sin el obsequio del *Führer*, puesto que a esas alturas de la guerra le convenía marcar diferencias con la Alemania nazi para ganarse así el favor de los Aliados.

PICASSO DESAFÍA AL EMBAJADOR ALEMÁN

Pablo Picasso residía en París durante la ocupación alemana. Aunque muchos amigos suyos habían huido antes de la llegada de las tropas germanas, el universal pintor malagueño prefirió quedarse en la ciudad que le había visto consagrarse como artista, afrontando todos los riesgos que entrañaba esta decisión.

Los alemanes conocían perfectamente su identificación con la derrotada República Española, lo que le hacía sospechoso de emprender actividades contrarias al dominio nazi. No obstante, quizás impresionados por la fama del personaje, optaron por no

⁴ En este caso, sí que el término *Wehrmacht* hace referencia al conjunto de las Fuerzas Armadas germanas, las de tierra, mar y aire. El OKW (*Oberkommando der Wehrmacht*) tuvo como máximo responsable al mariscal Wilhelm Keitel a lo largo de todo el conflicto, pese a que este estaba totalmente sometido a la voluntad de Hitler.